

El último guerrero

Romelt Diaz



Image not found.

Capítulo 1

Kjar se defendía como podía de los fuertes ataques de su contrincante. Con cada golpe que bloqueaba, su espada se iba haciendo más difícil de sostener. Los callos de sus manos estaban en el bando enemigo.

Estaba aturdido.

Los gritos de los guerreros, los lamentos de los moribundos y los sonidos de los aceros chocando inundaban los oídos de Kjar. Con su mente flotando por todos lados y un espadachín experto como contrincante, le sorprendía que aun siguiera vivo.

Su adversario, aparte de hábil, rápido y fuerte (más que ningún otro que Kjar hubiera visto), era un hombre de honor. No permitió que otros soldados atacaran a Kjar mientras él lo hacía. Lo cual, obviamente, habría acabado el combate.

La fuerza de los golpes del espadachín fue en aumento. Kjar pudo ver también ese aumento en la fuerza de la mirada del hombre. Una mirada que él conocía. Aunque ese hombre fuera el que llevaba la ofensiva en su combate particular en medio de la guerra, él era el que defendía, él era el que quería pelear, él era el que lo perdía todo.

Defender... Combatir... Amar...

–¡AH! –gritó él cuando asestó un golpe que por fin logró el cometido, desarmar.

La espada de Kjar viajó por el aire, atravesando los copos de nieve, rotando velozmente. Pero antes de que ésta pudiera besar la nieve caída y representar a un hombre más vencido en la guerra, el ápice de la hoja vencedora había atravesado las frágiles armaduras de cuero reforzado. Dibujó en el pecho Kjar su déspota y recia firma.

El cuerpo de Kjar, aceptando el llamado de la gravedad y la derrota, cayó de espaldas en el ensangrentado campo de batalla albo. Eventualmente, la oscuridad se apoderó de los sentidos del moribundo.

Capítulo 2

Kjar se despertó lentamente.

Tenía todo el cuerpo templado. Los huesos sufrían ante el punzante frío al igual que su cerebro. Luego empezó a mover los brazos. El tacto se había esfumado de su cuerpo.

Frío.

Era todo lo que podía sentir.

Sin saber con qué fuerzas, se levantó, titubeante. No podía darse el lujo de morir. Aún tenía que saber algo.

De pie, quitó la nieve de sus brazos y barba, y empezó a caminar. La herida de su pecho reaccionó, le dio una punzada que le puso una rodilla en la nieve.

Sigo vivo.

Kjar vio el montículo de nieve que tenía delante de él. No sabía el porqué, pero sabía que ahí yacía su contrincante, probablemente uno de los mejores espadachines que ha visto el hielo. Tal vez sus compañeros le darían muerte luego de que él cayera en combate.

Murió con valor y valentía, murió defendiendo... Que afortunado.

Reanudó su marcha y miró a su alrededor.

La torrencial lluvia congelada azotaba con fuerza los cadáveres de los caídos, hizo del campo de guerra un cementerio nívico digno de la valentía de estos guerreros.

Los hombres no saben honrar a mártires paragones... la naturaleza, sí.

Sentía ahora en su interior una brecha más grande que su herida de batalla... La muerte de sus compañeros. Muchos de ellos eran iguales que él, hombres de familia trabajadores y honrados que fueron obligados a un entrenamiento militar para invadir tierras de las cuales, ni si quiera, habían escuchado su nombre jamás. Ahora están lejos de poder regresar a sus hogares para llevar a cabo la única guerra que ellos tendrían que librar, la batalla épica con sus hijos por el pedazo más grande de cabra.

Caminó hacia donde nacía el sol.

Mientras caminaba, con el viento gélido y la nevisca golpeando su rostro, sus pasos iban dejando la estampa del camino de un hombre que, derrotado y desahuciado, buscaba consuelo para su alma en la cima de una colina.

La cuesta de la colina le trajo a la conciencia casi apagada de Kjar los recuerdos de lo que había dejado atrás: las tardes de cacería con su hijo en la tundra y el bosque; el cordero en la mesa de la familia, producto de la cacería; las jarras de hidromiel con cebada; la fogata familiar, siempre inextinguible. Entonces, un pensamiento de calma le bañó el cuerpo... Sabía que su hijo jamás dejaría apagar la llama de la leña, aún iba a haber esperanzas. Para su pueblo mientras la siguiente generación recordara lo que sí era de ellos.

Una vez en la cumbre, con toda la ciudad exponiéndose para él, sus ojos le dijeron lo que él esperaba.

Cayó de rodillas, desconsolado.

Miró a su alrededor, vio una espada cubierta ligeramente por la nieve. La tomó.

Grande no es aquél que consiga conquistar reinos enteros. Grande son aquellos no dan su alma a los hombres.

Empuñó la espada con ambos brazos, se la clavó en su costado derecho, entre dos costillas.

El cuerpo cayó por el mismo lado. La sangre hizo un río que lentamente iba colina abajo, en dirección al pueblo.

Un pueblo en llamas, un pueblo lleno de tumbas blancas, un pueblo cuyos únicos habitantes eran cadáveres. Un pueblo que era el único testigo de un hombre que vio su pesadilla hecha realidad.

Habían ganado la batalla.